

# GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIODICO

DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO.

TOMO XXXVII

MEXICO, 15 DE ABRIL DE 1900.

NÚMERO 8.

## EL DR. RAFAEL LAVISTA.

El día 4 de Abril del presente año, á las 10,50' p. m. falleció en esta Capital, víctima de traidora é insidiosa enfermedad, contraída en el ejercicio de su profesión, el Sr. *Dr. D. Rafael Lavista*, miembro titular de la Academia Nacional de Medicina desde el día 20 de Noviembre de 1867.

El solo anuncio del peligro que corría la vida de nuestro eminente cirujano, tenía hondamente preocupados al cuerpo Médico de México y á la sociedad en general, que se informaban con gran solicitud, día á día, y hora á hora, del estado del augusto enfermo, revelando así, el sumo interés que su salud y vida les inspiraban.

Repentinamente y cuando mayores esperanzas se habían concebido de un restablecimiento completo, aunque lento, de su salud, circuló la infausta nueva de una agravación determinada por enfermedad intercurrente, y horas después, la fatal noticia del fin trágico tan temido.

General fué la consternación que produjo en la sociedad mexicana tan funesta noticia. Unos deploraban la pérdida del amigo cariñoso leal y bueno; otros la del cristiano sincero y ferviente; muchos la del protector de los desvalidos y todos la del hombre de corazón, del médico infatigable, que tenía siempre una palabra de cariño y de consuelo para los que gemían en el lecho del dolor, del cirujano insigne que fué durante muchos años el paladín victorioso de la ciencia en México, que halló la muerte donde buscaba la salud de uno de sus clientes y que haciendo todo el bien que pudo á sus semejantes, honró á su patria dentro y fuera de ella.

El sepelio de su cadáver, verificado el día 6 del presente mes en el Cementerio Español, demostró patentemente el gran cariño que la sociedad mexicana le tenía, y las altas consideraciones á que se había hecho acreedor por sus virtudes y méritos excepcionales. El señor Secre

tario de Justicia presidía de derecho el duelo y le acompañaban el señor Secretario de Hacienda y el señor Director de la Escuela de Medicina. Allí estaba también todo el Cuerpo Médico de la Capital; representaciones de todas las Sociedades científicas, y allí la tenía también todo lo que más vale, significa y brilla en México, en las ciencias, en las letras, en las artes, en la política, en la banca y en la más elevada posición social.

Ante su cadáver y frente á la fosa donde iban á desaparecer para siempre aquellos restos mortales, aquel poco de polvo, por donde ya había pasado el espíritu de Dios, el Dr. Porfirio Parra, Profesor de Anatomía de la Escuela Nacional de Medicina, leyó á nombre de ésta, una sentida y correcta oración, en la que pintó á grandes rasgos y con mano maestra el carácter de nuestro célebre cirujano, realizando sus múltiples méritos y deplorando la inesperada y temprana muerte de aquel gran carácter, que descendió á la tumba apenas cumplidos sesenta años, entre el estrépito de sus compañeros, entre los laureles de sus triunfos, ansiando nuevos laureles y nuevas victorias, lleno aún de virilidad y de energías, distando mucho de la decadencia propia de la edad que alcanzara y en el zenit todavía, en la más plena y perfecta posesión de aquellas sus grandes facultades que todos le admiramos.

El Dr. D. Gregorio Mendizábal nombrado por la Academia Nacional de Medicina, para que interpretara sus sentimientos en aquella fúnebre ceremonia, lo hizo en breves palabras, doliéndose de la gran pérdida que las ciencias médicas, la patria, la humanidad entera y especialmente la Academia, sufrían con la muerte del gran cirujano de México, tan justamente estimado por sus relevantes dotes, por su claro talento y por la consagración de su vida entera al progreso de la ciencia y al servicio de la humanidad doliente.

Agregó que la Academia le contó siempre entre sus miembros más prominentes y entre sus más infatigables obreros; que en el seno de aquella docta Asociación se le estimó y admiró siempre en todo lo que valía y que aun repercute y repercutirá por mucho tiempo en su salón de sesiones el eco de aquella su palabra sencilla, amena, fácil, llena de erudición, saturada de ciencia, impregnada de viriles alientos y rebosando en esa gran virtud moral, en esa superioridad especial que suele caracterizar á los hombres consagrados al cultivo de las ciencias médicas, llenas de vicisitudes, amarguras y desengaños: la tolerancia, consecuencia forzosa del continuo tropezar con los errores inherentes á la complejidad de los fenómenos que se estudian; pero errores saludables, puesto que la continuación del trabajo sincero los rectifica y hace que el espíritu alerta y desconfiado se llegue á abstraer de la constante amenaza del engaño, con una investigación más penetrante, un juicio más delicado y una dialéctica más flexible.

En este fuego estaba templada, dijo el Dr. Mendizábal, el alma del Dr. Lavista; en este molde estaba fundido aquel gran carácter, batallador, analítico, perseverante y tenáz. Así le vimos trabajar durante su vida entera, sin cobardes desmayos y enderezando sus esfuerzos todos á la conquista de la verdad, al través de los mismos errores, para bien de la humanidad y honra de su patria.

Dejando á los biógrafos del Dr. Lavista la tarea de consignar con la calma y serenidad que son debidas, todo lo que la ciencia debió á aquel sabio en su brillante carrera profesional, tan llena de merecimientos, terminó el Dr. Mendizábal lamentando de nuevo y con mayor insistencia la inesperada y terrible pérdida que sufren la Academia y los amigos del Dr. Lavista, quienes ayer estrechaban todavía su mano cariñosa y oían sus doctos consejos, y hoy se encuentran ante sus inanimados restos, que vuelven al gran laboratorio de la naturaleza. Deploró que aquellos ojos, que tantos y tan grandes secretos robaron á los arcanos de la ciencia, se hallaran ya sin luz; que aquel pecho, que tantas veces vimos agitarse en bien de sus semejantes, no respirara; que aquel corazón, abrasado en el amor de los santos goces de la familia, no latiera y que aquel semblante, siempre risueño y ajeno á las contracciones de la ira y de otras bajas y malas pasiones, nada expresara ya; no quedándonos, en suma, de aquel grande hombre más que un recuerdo, ó, lo que es lo mismo, la transparente proyección de un sueño condensado en los pálidos y marchitos relieves de un cadáver. Un recuerdo no más, pero, qué gran recuerdo! el de aquel sacerdote de la ciencia, que enjugó tantas lágrimas en la espinosa senda de su vida profesional, que arrancó tantas víctimas de las garras de la muerte, que regó tantas veces las flores del consuelo en el lecho del moribundo y que derramó á torrentes la caridad en el ejercicio de su humanitaria profesión, caridad que proyecta hoy vivísima luz sobre su féretro y nos obliga á inclinar la cabeza con respeto ante su tumba, glorificando así al hombre en lo que tiene de más venerable.

Como frase de despedida á aquellos despojos queridos, el Dr. Mendizábal parodió la fórmula del eterno adiós que daban los antiguos romanos á sus deudos cuando les decían: *Vale, vale, nos ordine quo natura voluerit sequemur* y dándole á esta despedida una forma más cristiana y más en consonancia con nuestro modo de ser y nuestras creencias, terminó diciendo: "Adios, adios, te seguiremos en el orden que á Dios le plazca y te seguiremos más pronto tal vez de lo que por ahora nos parece, puesto que llevamos un oscuro abismo bajo nuestras plantas, que absorbe como las áridas tierras de estío las primeras lluvias de Mayo, todos los instantes de nuestra vida. Por ahora solo podremos seguirte con ese gran suspiro del alma que se llama recuerdo, recuerdo imperecedero, si, puesto que nos dejas una estela, un norte, un be-

llo ejemplo que imitar: el de tu vida llena de esfuerzos, de abnegaciones -y sacrificios, escalando uno á uno los peldaños de la fama, y tropezando, cuando menos lo esperabas tal vez, con el umbral del sepulcro, que te abrió de par en par las puertas de la inmortalidad y de la gloria."

Cuando hubo terminado el Dr. Mendizabal, el Dr. D. José Peon y Contreras leyó una tierna y sentida poesía inspirada en la más pura filosofía cristiana; en la cual hizo el elogio más cumplido á las aptitudes, perseverancia y celo científico del Dr. Lavista, así como de sus grandes cualidades morales, que aquilataron su saber y le dieron sitio preferente en el grupo bien numeroso, por fortuna, de nuestros médicos inteligentes y honrados.

Justos y merecidísimos han sido sin disputa los encomios que se han hecho al eximio cirujano cuya muerte lamenta la Academia Nacional de Medicina, á la cual dió interés y vida durante los 33 años que fué miembro de ella.

Cuatro veces ocupó durante este lapso de tiempo la Vicepresidencia y otras tantas la Presidencia, trayendo siempre al seno de la Sociedad trabajos y observaciones de la mayor importancia y colocando á cada paso en el tapete de la discusión, asuntos y cuestiones de palpitante actualidad, que revelaban sus estudios constantes y asiduos y su espíritu eminentemente observador.

En los tomos de la "Gaceta Médica" corren impresos sus numerosos trabajos, como lecturas de reglamento y extraordinarias, dictámenes y discursos, siendo digna de atención la variedad de los asuntos que trata, y la originalidad en la manera de presentarlos.

No era solamente el Dr. Lavista una celebridad entre nosotros; su fama traspasó las fronteras y los mares. En los Congresos Internacionales de Medicina celebrados en Berlín, Roma y Moscow, adonde llevó la representación de México, y muy en particular la de la Academia, supo conquistarse un buen nombre y se hizo acreedor á las más altas consideraciones de las eminencias médicas europeas.

También en la República vecina, cuando la celebración del primer Congreso Médico Pan Americano en Washington, fué objeto de las más señaladas atenciones y honró dignamente el nombre de México en aquel gran certámen científico.

He aquí, por qué hemos considerado como una gran desgracia, como una pérdida irreparable, la ausencia eterna de este gran obrero de la ciencia. En ella deja un vacío, como el que dejaron Lucio, Jiménez, Andrade, Vértiz y otros, que no se ha llenado todavía. El nombre de Lavista será siempre una bandera de progreso en la medicina mexicana, y en la Academia se pronunciará siempre con respeto y veneración su nombre, guardando de él un recuerdo imperecedero.